



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Octavio Paz: fragmentos de un itinerario luminoso

Autor: Castañón, Adolfo

Forma sugerida de citar: Castañón, A. (1998). Octavio Paz: fragmentos de un itinerario luminoso. *Cuadernos Americanos*, 4(70), 23-38.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 70, (julio-agosto de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Octavio Paz: fragmentos de un itinerario luminoso

Por Adolfo CASTAÑÓN
Escritor mexicano

OCTAVIO PAZ nace en la ciudad de México, en el antiguo barrio de Mixcoac, el 31 de marzo de 1914, en el seno de una familia mexicana —por línea paterna— y española por línea materna— que concentraba como en una vitrina no pocas de las facetas que componen la historia y la cultura de México. En los horóscopos occidental y chino, su nacimiento estuvo presidido por los signos de Aries y del Tigre, dos animales emblemáticos de la guerra pero también de la generosidad y de la pasión. Octavio Paz Solórzano, su padre, fue uno de los intelectuales más próximos a la Revolución de Emiliano Zapata... y Octavio, desde niño, mira pasar por los patios de la casa familiar personajes relacionados con aquel México que la violencia había sabido despertar: periodistas, estudiantes, campesinos y ocasionalmente algún obrero.

Octavio Paz Solórzano se había entregado a la causa revolucionaria en cuerpo y alma y no siempre estaba en casa a la hora de las comidas que se servían con puntualidad inmovible y que eran presididas por su padre don Ireneo Paz, militar, escritor y liberal convencido con quien el niño entablaría una amistad definitiva. Ireneo, el abuelo de Octavio Paz, era un hombre de carácter. Había formado parte de aquel núcleo de mexicanos decididos que dio guerra y restauró la paz para defender a México de la Intervención Francesa, a las leyes de Reforma promulgadas por Benito Juárez y, luego, al orden constitucional republicano y a las leyes de Reforma de los nuevos liberales "Científicos". Pero al igual que algunos de ellos, como el general Bernardo Reyes (padre de don Alfonso) y el general Vicente Riva Palacio, fue un militar laico e ilustrado, que supo ganar con la pluma las mismas batallas en que le habían dado la victoria las espadas, consciente de que la historia y la historiografía, la poesía y la épica se pelean juntas. Sin embargo su espíritu de independencia y su temple crítico lo separaron del cogollo porfirista. Escribió *Algunas campañas*, memorias de sus hazañas y aventuras como hombre y como militar;

un libro que se lee como una novela de aventuras y donde aparece la figura del escritor como hombre de bien, del hombre de letras como cruzado y hombre de armas justas. No extraña que se haya visto obligado a fraguar él mismo la serie monumental de sus *Le-yendas históricas mexicanas*, que abarcan varios miles de páginas y comprenden un periodo que va desde la Conquista hasta sus días. Su soledad se convirtió en aislamiento a causa de su inquebrantable probidad aunque la leyenda quiere que sus infortunios hayan empezado con *un duelo* en el cual Santiago Sierra, hermano de Don Justo, futuro ministro de Educación de Don Porfirio, cayó fulminado por un disparo único pero certero.

El viejo Ireneo le abrió al curioso niño las puertas de su biblioteca, y ahí éste desde muy temprana edad abrevó en un manantial en el que convivían Benito Pérez Galdós, Walter Scott, *El Quijote*, Lope de Vega, Dumas padre y Dumas hijo, Núñez de Arce y un caudal innumerable de escritores españoles y franceses traducidos que le dieron al precoz lector casi todas las llaves del día humano. Otras llaves le serían dadas por su madre y por una hermana de ésta quienes imbuyeron en él otras virtudes no menos preciosas: el sentido de la observación y el poder del silencio, pero sobre todo la felicidad de la conversación y la conciencia de que el sueño de la literatura es más profundo y hermoso cuando es un sueño compartido. Su poema *Pasado en claro* nos permite recobrar algunas facetas de aquella atmósfera.

Pero el niño Paz era también un niño solitario que jugaba con su sombra en un jardín medio salvaje. En él había una higuera que fue para él árbol y mascota, amistad y morada. No fueron pocas las horas que aquel niño pasó encaramado en aquella torre viva. Y es ella, en parte, una de las hadas madrinas que acompañaron su iniciación poética. De ese modo, cuando el joven Octavio Paz empieza a frecuentar a otros jóvenes en la preparatoria —ciclo que entonces comprendía la actual educación secundaria y el bachillerato— asume desde muy pronto un sitio especial, a la vez de protagonista (por sus conocimientos y su carácter personal) y de hermano entrañable, de paisano enterado y al corriente de los meandros, confines y dobleces de la historia mexicana. En aquel momento, la república literaria estaba dividida en dos bandos —uno mayoritario y poderoso y otro minoritario pero valiente y audaz. En el primero se sitúan los escritores y artistas mexicanos devotos de un arte y una literatura naturalistas, comprometidos en pluma, pincel y espíritu con los valores oficiales de la Revolución Mexicana e

identificados hacia el exterior con la flamante Revolución Soviética. En el segundo, se inscriben los disidentes, los escritores y artistas con un proyecto más crítico y cosmopolita y por ello mismo más selectivo y, diríamos, aristocrático. Si entre los primeros se podía encontrar a Diego Rivera, Mauricio Magdaleno y Mariano Azuela, entre los segundos toparemos con Manuel Álvarez Bravo, Xavier Villaurrutia, Rodolfo Usigli, Salvador Novo y José Gorostiza.

México acababa de pasar por una revolución que había dejado más de diez millones de muertos, arruinando o desterrando a miles de familias. México se encontraba en un proceso de institucionalización (de la revolución —o de la revuelta— si se quiere) que precisaba y suponía la creación de una *nueva y modernísima* burocracia capaz de dar fuerza y congruencia institucional a los postulados de la Constitución de 1917, la Carta Magna de este país, documento dos años menor que Paz, quien es por cierto uno de los hombres más representativos de aquella inteligencia o *entente* que permitió el ulterior desarrollo de México.

Este proceso de creación de una nueva burocracia y, por supuesto, de una nueva clase media ilustrada, auspició que el Estado mexicano, con una ambigüedad característica de los años de formación de un régimen, alentara los proyectos de ambos bandos y aprovechara como buen Leviatán los recursos humanos e intelectuales disponibles, independientemente de su color, aunque de preferencia empleando muy selectivamente el negro de las sotanas, ya que en los años treinta todavía había humo en los campos y muertos en la memoria de quienes habían sobrevivido a la Guerra Cristera. Este conflicto armado, si bien no dejó huellas o mutilaciones directas en la familia Paz, una familia de pura estirpe laica, sí contribuyó a crear en el joven escritor una actitud de cautela precoz ante el Estado y su indeclinable ambigüedad (debemos a las guerras cristeras entre otras cosas nada menos que la literatura de Juan Rulfo). Pero si por una parte el joven Paz admira a los escritores de la revista *Contemporáneos* —que son acusados de afeminados y descastados, invertidos y traidores a la patria—, por la otra simpatiza con las ideas libertarias y anarquistas de Bakunin, Kropotkin y otros príncipes de la acracia. Los escritores *Contemporáneos* aparecían, como era natural, a la luz de las circunstancias históricas, como exponentes de un arte ensimismado, heraldos altivos de una poesía pura, única y exclusivamente comprometida consigo misma y su perfección. Sus dioses eran

Paul Valéry y Juan Ramón Jiménez y en pintura Paul Cézanne y Giorgio de Chirico. Aunque en el joven Paz de finales de los años treinta están vivas estas admiraciones, se advierte otra línea de fuerza que lo reclama desde la calle: una necesidad de compromiso con la historia y su transformación que lo va aproximando a los escritores comunistas y liberales de izquierda y en la cual resuenan las pisadas del ácrata zapatista que fue Octavio Paz Solórzano, su padre, y aun la inquietud batalladora de su abuelo.

Estas dos líneas, al trenzarse, lo llevan hacia una concepción de la poesía donde las tensiones encontradas de la ética y de la estética, de la belleza y la verdad, buscan un equilibrio difícil en una poesía que sea a la vez profundamente lírica y radicalmente verdadera, una poesía crítica tanto de sí misma como del mundo. Crítica de la historia pero también de la historia literaria y en la cual lo privado y lo público, lo cotidiano y lo trascendental, la voz del poeta en la soledad —la otra voz— y las voces de quienes lo rodean (hombres y escritores vivos) queden inextricablemente fundidos en una palabra activa. De estas ideas ya hay signo y testimonio desde los primeros poemas de *Luna silvestre* (1933) y *Raíz del hombre* (1937) en donde el poeta glosa los trabajos del amor y de la muerte, los sacrificios del corazón y los sacrificios inútiles del trabajo en unos versos escritos invariablemente a cielo abierto y donde la intemperie —la relación directa del hombre con la naturaleza sólo es un trasunto de esa desnudez esencial—, *Raíz del hombre* que le permite ir al fondo de sí mismo y, desde ahí, desde el oscuro patrimonio de la sangre hablar a nombre de todos los hombres. También ya desde entonces se advierte en su obra una preocupación que es correspondencia entre la unidad o la integridad del poeta y su universalidad, pues sólo podría hablar a nombre de los otros aquel que no se ha traicionado a sí mismo. Los otros también están presentes de otra manera: en su adolescencia y primera juventud ha leído a los mexicanos Ramón López Velarde, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer y José Gorostiza, pero también ha empezado a leer a otros escritores de la lengua como Pablo Neruda y Rafael Alberti. Y estas lecturas no son impunes ni su lector inmune a ellas: las asimila, digiere e incorpora a su propio sistema estético con una rara inteligencia donde la mimesis sólo es un momento inicial de un proceso más vasto de comprensión y apropiación creadora.

Este rasgo, que emparenta a Octavio Paz con Goethe y Pablo Picasso, es acaso una de las virtudes o fuerzas que hacen de su

obra una enciclopedia viva de la literatura de vanguardia del siglo xx y que sin exageración alguna podrían llevar a la descripción de un paralelo entre el escritor mexicano y el consejero áulico de Weimar, otro ejemplo de prolífico devorador en quien se consume y alcanza plenitud la literatura de toda una época. Sin embargo, esta pasión que lo devora y le hace devorar las obras de los grandes poetas de nuestra lengua para encontrar su propia voz es una pasión que duda y se interroga en voz alta: una pasión crítica. También desde los años treinta aparecerá un rasgo de la obra de Octavio Paz: la decisión de leer en público y en voz alta a los escritores que lo van influyendo y conformando tanto como a los pensadores que le sirven para alimentarse intelectualmente —Karl Marx, Friedrich Nietzsche, Sigmund Freud y en español José Vasconcelos y José Ortega y Gasset. La pasión crítica de Paz abarca así, ya desde sus *primeras letras*, un universo complejo en el cual conviven varios discursos: la crítica literaria, sí, pero también la filosofía, la historia y el arte. El compromiso con la integridad asumido por el poeta supone que éste ha de mantener todos sus sentidos abiertos —pero supone asimismo que el poeta no debe renunciar a la prosa ni el escritor al pensamiento. Una vez alcanzado el punto crítico de la pasión —en el sentido erótico pero también en la acepción cristiana del término—, el rojo de la sangre se hace blanco, el corazón da un vuelco y alcanza la mente y las ideas. La pasión poética se transforma en compasión filosófica e intelectual, en deseo de comprender y abrazar. Este movimiento detonante abarcará entonces el arte y la cultura librescos junto con la historia y la naturaleza que resultan desde luego susceptibles de transformación, previa comprensión y compasión. Este movimiento incontenible tiene efectos en los más diversos órdenes. Así vemos a Octavio Paz descubriendo el valor estético e histórico de las ruinas prehispánicas casi al mismo tiempo que descubre a sor Juana Inés de la Cruz y que rescata para la poesía mexicana, junto con el paisaje inmemorial de Yucatán, el lado oscuro de la Revolución Mexicana que promete tierra y da desierto, que habla de libertad pero tiene que hacerse cómplice de la esclavitud a que someten al campesino los precios internacionales (bajos) del henequén.

Con estas ideas escribe Paz un poema clave en su evolución poética “entre la piedra y la flor”, escrito a finales de los años treinta, en pleno gobierno de Lázaro Cárdenas, en una época de continua movilización de masas como era aquella de las vísperas de la Segunda Guerra mundial y el surgimiento y caída de la Re-

pública Española. Octavio Paz es invitado primero a París y luego a Valencia (España) a participar en el Congreso de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura en virtud de sus ideas progresistas (en aquel entonces se le asimiló con el trotskismo) y a pesar de no ser comunista como la gran mayoría de los organizadores y participantes: Pablo Neruda, Rafael Alberti, Louis Aragon y André Malraux. A España llega recién casado con la novelista Elena Garro. Él tiene 23 años y ella 17. Casi diez años después tiene una hija, *Helena*. En España siente de cerca el fuego de la guerra, publica un libro, *Bajo tu clara sombra, y otros poemas sobre España* prologado por Manuel Altolaguirre, pero sobre todo asiste a un debate intelectual que lo influirá enormemente: la polémica en torno a André Gide, quien con su inmenso prestigio se había atrevido a denunciar a la URSS —la patria del hombre nuevo— como una potencia militar interesada en la constitución de un poder económico y militar y desinteresada en la libertad verdadera por cuanto reprimía y encarcelaba a escritores y disidentes. La “traición” de André Gide hace tomar partido a todos y dejó aislados a los pocos escritores que como Paz comprendieron su posición. De ese modo al volver a México desde la España asediada por la Guerra Civil, Octavio Paz sólo supo dar nuevo aliento a las convicciones que lo inspiraban: la poesía debía comprometerse, sí, pero no a través de la propaganda, sino de una generalización de sus compromisos con otros saberes, haciendo de sus valores poéticos un instrumento, una metodología para verificar y renovar los saberes de los diversos discursos que la rodeaban. Al mismo tiempo y por ello mismo, la literatura tenía, sí, un compromiso con el mundo que pasaba necesariamente por una lealtad radical a sus propias fuentes —el sueño, el amor, la inspiración. Inversamente, la poesía precisaba renovarse, mostrar al hombre íntegro en su paisaje y en su historia. Según este método, para comprender la imaginación de un país como México era preciso hacer una anatomía profunda de su imaginación, tomar sus mitos y someterlos a una lectura, es decir, a una crítica. En 1943 funda la revista *El Hijo Pródigo*. En 1944 y 1945 descubre Estados Unidos, la literatura norteamericana (Cummings, Pound y Wallace Stevens) y —cosa esencial— México visto de afuera. En 1945 toma una decisión que marcará su vida: ingresa al servicio diplomático. Su primera misión se da en París: es la ciudad pobre, sometida a racionamientos de la posguerra, es una Francia que todavía muestra las heridas del horror. Intima con Benjamin Péret y

André Breton, traba amistad con Roger Caillois y, desde París, descubre la nueva literatura latinoamericana: conoce entre otros a la poeta peruana Blanca Varela y a Fernando de Szyslo, el pintor también peruano, a Carlos Martínez Rivas, el gran poeta nicaragüense. Pero México no deja de estar en el centro de sus preocupaciones, como lo muestra la *Correspondencia* que en esos años sostiene con Alfonso Reyes, quien le ayudará a publicar *Libertad bajo palabra* y *El laberinto de la soledad*, y que más profundamente representará para él un modelo sobre el cual tallar la escultura de su vocación literaria. Tomando ideas del Collège de Sociologie fundado por Georges Bataille y apoyándose en teorías de Roger Caillois en torno al carácter revelador de la imaginación pública —lo que hoy se llama imaginario— Paz reconstruye en *El laberinto de la soledad* la historia de México. Su libro espontáneo se inscribe en la línea de escritos que indagaron en torno al ser del mexicano y que eran una secuela hispanoamericana de aquellas interrogaciones surgidas en España después de la Guerra del 98, como los de José Ortega y Gasset en *España invertebrada*. *El laberinto de la soledad* intenta responder a una pregunta: ¿Qué significa ser mexicano en el siglo xx? Significa, nos dice Octavio Paz, llevar en el corazón dos lealtades encontradas, afirmar y negar dos herencias al mismo tiempo —la prehispánica y la colonial— y querer superarlas mediante la adopción arriesgada pero necesaria de una tercera herencia: la tradición liberal progresista y modernizadora. Significa, en fin, comprender todo esto, intentar comprenderlo, intentar ser contemporáneo de cada una de las herencias buscando una convivencia crítica entre ellas, apreciando sus virtudes y sus limitaciones, en un pacto, el de la *conciencia* creadora capaz de inventar al mismo tiempo la historia y la literatura. No se han explorado lo suficiente las analogías y afinidades que *El laberinto de la soledad* tiene con la Constitución de 1917, que es también una búsqueda —ésta en el terreno jurídico— de una convivencia crítica entre los órdenes imaginarios que gobiernan México —el agrario-prehistórico, el católico-colonial y el laico-liberal— y la crítica de *orden liberal* en *El laberinto de la soledad*.

A pesar de estas correspondencias, la obra de Paz fue recibida en un principio con cautela y recelo pues ponía al descubierto muchas de las capas morales que constituyen el entonces y tal vez todavía intocable ser del mexicano: una de ellas es el resentimiento, esa avidez vengativa que nace en el corazón roto y sometido; otra es el parricidio y la consagración simbólica de la violencia. *El*

laberinto de la soledad inicia una serie de reflexiones sobre México, que culminarán en las del escritor chicano Richard Rodríguez que nos hace ver que México no pertenece en realidad, pese a su machismo, al género masculino sino al femenino. México es *ella*, una madre, una patria suave con los sumisos y dura y cruel con los disidentes que simbólica o físicamente la abandonan a ella y a sus dioses; es, en fin, una máquina especializada en la producción de un doble lenguaje y en cuyo seno el tiempo y la historia reales o naturales han sido disfrazados, una máquina productora de Días enmascarados, donde el Estado devora la tradición para inventar la historia capaz de legitimarlo.

El mismo año en que publica este libro definitivo, Paz edita otro no menos decisivo para la literatura mexicana, *Libertad bajo palabra*, donde recoge su obra poética publicada hasta entonces. En la poesía de su primera madurez vemos aparecer nuevamente la historia; sin embargo, aquí se ha pulverizado y cubierto la vida de todos los hombres, haciéndose eco, conversación, la voz del poeta que hace sitio en su garganta a las voces de los otros. En *Libertad bajo palabra* Octavio Paz sigue fiel a su vocación de poeta vanguardista, pero su voz ya ha pasado por el cedazo de los poetas del Siglo de Oro —Lope, Quevedo y Góngora— y de los poetas españoles de la Generación del 27 —Rafael Alberti, Jorge Guillén, Moreno Villa. El resultado es un libro limpio y audaz, cristalino pero también impregnado de vehemencia y pasión, en el cual queda atrapado como, *libertad bajo palabra*, el espíritu de la vanguardia. El libro contiene uno de los poemas más importantes de la lengua española en el siglo xx: “Piedra de sol”. Su asunto es el día del hombre, su noche y su despertar, su pasión y su aurora. Es un poema terrible pero también preñado de vida y esperanza.

La trilogía de los grandes libros del Octavio Paz de la primera madurez la cierra *El arco y la lira*, un libro teórico sobre los orígenes y géneros de la poesía y la literatura y una poética, es decir una reflexión sobre el sentido y el sitio de su propio oficio en el mundo. El título se inspira en una frase de Heráclito sobre el hombre cuyo cuento lo hace semejante a la lira que nos permite saber *dónde* está, en qué punto de la escala se sitúa, y el arco cuya naturaleza profunda está más allá de sí mismo y es trascendente: arco y lira, dos instrumentos sencillos y afines. Música y guerra, armonía y polémica: *Pasión crítica*. *El Arco y la lira* es otro de los datos que permiten establecer una ecuación entre Paz y Alfonso Reyes, autor de otro libro teórico, *El deslinde*, ejercicio crítico que quisiera res-

ponder a una pregunta que anda en el aire: *¿Qué es la literatura?* El polémico libro de Sartre se publica por esos años.

A principio de los años cincuenta, Octavio Paz deja México para iniciar un viaje que se prolongará más de veinte años. Un viaje que lo llevará a Japón, la India, París y, nuevamente, la India. En el París de la posguerra traba conocimiento y engrana una conversación inagotable con Albert Camus, André Breton y el filósofo griego, aclimatado en Francia, Kostas Papaioannou. Gracias a ellos, abre definitivamente los ojos a la sombría realidad de las sociedades creadas por el comunismo en la URSS y otros países de su órbita: opresión, campos de concentración, campos de trabajo, sociedades gobernadas por una burocracia sigilosa pero eficaz y cautivas de un discurso doble que sólo sirve para someterlas mejor. Desde ese entonces, con la publicación de un ensayo sobre el libro del trotskista David Rousset sobre la realidad de los campos de concentración, inicia Paz una crítica al Estado totalitario que sólo cambiará de rumbo con la caída del Muro de Berlín. En esta crítica palpita como una herida nunca cerrada del todo la temprana experiencia en la Guerra Civil de España que se vio aislada del mundo por sus propios aliados comunistas. Palpita también aquella vena liberal y laica que infundió en él su abuelo escritor, el viejo militar afrancesado, dueño de un espíritu crítico y de una mente abierta a todos los horizontes, menos al gregario y sectario de la Iglesia. Palpita la pregunta en torno al compromiso del escritor que Paz sabrá declinar, con Julien Benda, sosteniendo que el compromiso del escritor es en primer lugar con la inteligencia, con la ética de la palabra. De ahí la figura del intelectual y del escritor como un tábano que agujereaba al burro de la opinión pública y, posteriormente, la identificación con la figura de Sócrates cuya misión era la de alumbrar la verdad de y en los otros. Paz ya había hecho en *El laberinto de la soledad* un análisis de cómo los valores de la Ilustración habían sido pervertidos por el liberalismo del siglo XIX dejando un país sembrado de ruinas y discordias. Ahora continuaría esa crítica a las utopías sociales haciendo ver sus números *rojos* —números, sobra decirlo, compuestos de seres humanos muertos, desaparecidos o torturados. Hay que decir por último que esta crítica a la izquierda ha contribuido en México y en el mundo en forma directa e indirecta en la instauración de un proceso democrático en la medida en que ha civilizado el debate político haciendo de éste un campo de discusión de hechos e ideas (véase *El ogro filantrópico*), y quizá más importante aún, haciendo

ver que la sociedad no se puede ni fundar ni legitimar por la violencia armada. A las sociedades heredadas de la corrida de toros y de la Inquisición y sus ejecuciones, tanto como a las culturas descendientes de la teocracia fundada en los sacrificios humanos, esta crítica de la hematolatría (adoración de la sangre) no puede hacerles gracia, y no pocas de las críticas enderezadas contra Paz cojean de este pie sangriento.

En el París de los años cincuenta, Octavio Paz conoce también a otros escritores y artistas europeos y latinoamericanos. Su encuentro con André Breton en esos años resulta decisivo para ambos. Paz parece ser un surrealista *avant la lettre*, no un hijo pródigo sino un congénere separado por algunas décadas y un continente. La amistad de Paz con André Breton, André Pieyre de Mandiargues y Roger Caillois se ramifica en poemas, ensayos y lecturas que convierten a Octavio Paz no tanto en un escritor mexicano arraigado en París como en un escritor que debate en pie de igualdad y está presente, ya desde esos años en forma casi cotidiana, en la vida literaria francesa. La amplitud de sus intereses lo lleva a ser uno de los primeros autores en ocuparse de Claude Lévi-Strauss, padre del estructuralismo. La amistad de Octavio Paz con Breton se funda en una devoción por la poesía captada en una atención vigilante hacia esa forma de la conciencia por las artes plásticas, y en una atracción por las corrientes esotéricas, pues si la poesía ha sido, como dice él, la *otra* religión del mundo moderno, lo ha sido en buena parte porque en ella se han sabido alojar las corrientes ocultas de la espiritualidad occidental, desde los cátaros hasta los cabalistas, pasando por los alquimistas y en general las diversas corrientes del ocultismo. Paz dialogará entonces con el Breton de *Arcano 18*. Había entrado en contacto con las ideas esotéricas en su juventud por dos canales distintos: uno el de su suegro, padre de Elena Garro, que había sido amigo del filósofo español Mariano Roso de Luna, divulgador en España de la obra *Isis sin velo* de Madame Blavatsky, una de las síntesis mayores producidas por el pensamiento ocultista de fin de siglo (y en la que por cierto inspira no poco el filósofo mexicano José Vasconcelos su doctrina de *La raza cósmica*, apología de un racismo carismático americano); el otro fue el poeta y químico Jorge Cuesta, quien se sentía intelectualmente atraído por estos temas y había frecuentado la literatura relativa a los alquimistas. La perspectiva esotérica abre a Paz puertas y horizontes novedosos que lo llevan a autores como el utopista Charles Fourier, pero que sobre todo le dan una visión de la histo-

ria de la literatura y de la poesía románticas mucho más orgánica y profunda a través de las obras de Yeats y Gérard de Nerval. Podemos decir que su visión de la poesía, su mística de la palabra, no es del todo ajena a ciertos planteamientos ocultistas sobre el valor espiritual, moral y terapéutico de la palabra. En París, centro del mundo, Paz se contagia de ese eje y su nombre va dejando atrás el nombre de la persona para transformarse en el de un espacio de encuentro y discusión. Al final de sus años peregrinos, Paz ha publicado ya, además de los títulos mencionados: *Libertad bajo palabra* (1949), *El laberinto de la soledad* (1950), *Semillas para un himno* (1954), *El arco y la lira* (1956), otros libros de ensayos como *Las peras del olmo* (1962), *Los signos en rotación* (1965), *Puertas al campo* (1966) y nuevos libros de poemas como *Salamandra*, amén de traducciones como las realizadas en colaboración con un amigo japonés, sobre los poemas haiku de Matsuo Basho (*Sendas de Okú*). El interés de Paz por las culturas de Asia no es nuevo. En 1952 visitó por primera vez la India y Japón. De hecho, desde fines de los años cuarenta, ha practicado el haiku introduciendo el relámpago de la poesía breve en composiciones más ambiciosas. En 1964 es nombrado embajador de México en la India. Es un año decisivo en su vida: conoce ahí a Marie José Tramini, su esposa, a la que se une en una ceremonia taoísta bajo la copa de un árbol. En la India pasa cuatro años inolvidables en los que se gesta un nuevo amanecer de su obra. De esos años son sus libros de poemas *Ladera este* (1968), *Blanco* y el gran libro poético de su segunda "madurez": *El mono gramático*, un extenso y ambicioso poema en prosa publicado originalmente en francés y donde el viaje a los rincones más apartados de la India se desdobra en un viaje hacia el abismo íntimo y donde el fuego de la inspiración busca la forma y la sombra de las palabras, su silueta, pues el mono gramático es sobre todo un monograma, una sola letra en la cual se funden la vida y la muerte, el amante y su amada, el caminante y el camino. También de esos años son otros libros importantes: *Cuadrivio* (1965), tetraedro ensayístico dedicado a los fundadores de la poesía iberoamericana moderna: Fernando Pessoa, Luis Cernuda, Ramón López Velarde y Rubén Darío, *Conjunciones y disyunciones*, exploración de las afinidades entre la sexualidad y la estética de Oriente y Occidente, donde vuelven a aflorar las preocupaciones esotéricas de Paz, y *Corriente alterna*, un libro escrito antes de la revuelta estudiantil de 1968 en el cual queda inscrito y en cierto modo profetizado el espíritu de la época.

Otro libro iniciado en la India es *Apariencia desnuda* (1968). Con *Apariencia desnuda* culmina una de las facetas más originales de la obra del mexicano: las artes plásticas han sido uno de sus intereses más asiduos y generalizados. Paz no sabría disociar la historia de las ideas de la vida de las formas artísticas, y no será casual que en sus obras completas aparezcan dos tomos consagrados al arte y sus asuntos. Desde luego, las ideas de Paz sobre el arte de México —prehispánico y contemporáneo— forman parte de su visión intelectual de la cultura de su país. Esta sensibilidad para enlazar monumentos y documentos, para leer imágenes, piedras y edificios como parte de un alfabeto cultural mayor, da la medida de la amplitud y hondura de sus ideas y del sistema de vasos comunicantes, de la estricta economía intelectual que orienta su pensamiento. Pero el hecho de que Paz esté ausente de México no significa en modo alguno estar ausente de la vida cultural de México. Colabora con Carlos Fuentes en la fundación de la *Revista Mexicana de Literatura*. Prologa y contribuye a la realización de *Poesía en movimiento*, la antología colectiva de poesía mexicana preparada por escritores de varias generaciones (que resulta a la fecha uno de los instrumentos indispensables para la comprensión de nuestra cultura) y escribe una infinidad de artículos y ensayos sobre escritores y artistas mexicanos de todas las generaciones. Al igual que su maestro y amigo Alfonso Reyes sabe comprender que la universalidad se funda en un compromiso radical, es decir en una responsabilidad y lealtad para con las propias raíces. Por esta razón, cuando en México se celebra con tanques y ametralladoras la matanza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968, a Paz no le queda más que renunciar de inmediato e irremisiblemente a la Embajada de México en la India.

Los demonios dormidos en lo profundo del laberinto, en los sótanos de la pirámide, despertaron e hicieron ver cómo, bajo la máscara del progreso, México en realidad no había cambiado; sus clases gobernantes seguían siendo fieles a las viejas costumbres que consagraban la irracionalidad y la violencia. *Posdata* (1970) —el libro publicado después de la matanza— plantea las disyuntivas a que se enfrenta la democracia y las responsabilidades respectivas que el Estado y la sociedad civil tienen en relación con su porvenir.

Inicia entonces a los 54 años, junto con una nueva etapa de su militancia civil, su consagración plena a la literatura, pues hasta entonces había tenido que trabajar en otros oficios (durante más

de veinte años en el servicio diplomático mexicano) para sobrevivir. Escribe y publica poemas, ensayos y artículos para revistas de toda Europa y América Latina. Es invitado como profesor a la Universidad de Harvard donde recibe la distinción de impartir la Cátedra Charles Eliot Norton. Continúa su ejercicio de reflexión crítica sobre la historia de la poesía como atestiguan *Los hijos del limo* (1974). Ese mismo año, al volver a México, funda con algunos amigos la revista *Plural*, antecedente de la actual *Vuelta*. Juan García Ponce, Tomás Segovia, Jorge Ibargüengoitia, José de la Colina, escritores todos nacidos en 1932, fueron los promotores de la Casa del Lago y su generación lleva precisamente ese nombre. Gracias a ellos el proyecto literario y cultural actualizado por Octavio Paz y heredado de la generación de Contemporáneos pudo tener continuidad. A ese grupo se añadirán un filósofo Alejandro Rossi— y un poeta y crítico —Gabriel Zaid. *Plural*, como antes la revista *Sur*, quiso ser una publicación cosmopolita, mexicana e hispanoamericana.

Con *Plural* se inicia también una nueva época del periodismo cultural en México en la tradición de la revista *Sur* o de la *Revista de Occidente*. Pero del mismo modo que el verano de la libertad fue violentamente concluido en 1968 en la escala social más amplia, la primavera de la libertad de expresión fue interrumpida violentamente al ser expulsados mediante un golpe de Estado interno el director de *Excelsior* Julio Scherer, y junto con él Octavio Paz y su grupo de escritores.

La revista *Vuelta* fue la respuesta inmediata a esta expulsión. *Vuelta* demostró con su fundación, y lo ha seguido haciendo a lo largo de su desarrollo, el poder de la independencia y la capacidad de movilización que puede tener un grupo pequeño pero decidido de escritores. Desde *Vuelta* Paz continuó su labor de creación y crítica, a veces como poeta, a veces como médico de una sociedad enferma de creencias tóxicas, a veces como historiador de nuestras culturas. *Vuelta* es una revista de reflexión, es decir una revista polémica donde es analizada y ponderada la historia y la actualidad desde un gran número de facetas. Su existencia como espacio crítico es otra de las obras de las empresas emprendidas con éxito por Octavio Paz. El carácter enciclopédico de la revista no es casual. Responde a una de las características de la obra de Paz: la voluntad de sumar y resumir, comprender y recapitular. No sabría soslayarse el papel de *Vuelta* en la cultura mexicana y tampoco sería plausible ignorar la importancia que esta revista ha tenido en

la obra de Octavio Paz al enmarcarla en un paisaje de afinidades y proveerla de un repertorio de enlaces así con la historia y la política mexicanas como con la cultura americana, europea y aun asiática, es decir, con la cultura universal.

En 1974 Paz publica *Versiones y diversiones*: el volumen recoge las traducciones de Pessoa (del cual fue uno de los primeros lectores a fines de los años cincuenta), las versiones de cuatro poetas suecos, un panorama de Orientes extremos, integrado por traducciones de Wang-Wei, Li-Po, Tu-Fu, Su Tung-P'o, y otros poetas chinos y japoneses. La nómina componía además traslados de John Donne, Andrew Marvell, Gérard de Nerval, Stéphane Mallarmé, Guillaume Apollinaire, Pierre Reverdy, André Breton, Ezra Pound, e. e. cummings, William Carlos Williams, Hart Crane, Henri Michaux, René Char, Georges Schéhadé y Elizabeth Bishop entre otros. La traducción —su práctica y su teoría— ha ocupado un lugar central en la obra de Paz. De hecho, la traducción de una lengua a otra, y de un saber a otro, ha sido una de sus estrategias; de la antropología a la crítica literaria, de la gramática a la historia, de la filosofía a la filología y la crítica de las artes plásticas, de la poesía a la filosofía de la cultura. Paz ha sabido moverse de un saber a otro y entre los saberes imprimiendo a su obra un sesgo innovador e interdisciplinario, haciéndola actual en varios planos simultáneos.

La traducción funciona además, en la poesía de Octavio Paz, a través del pensamiento tanto como del lenguaje: el reino de la imagen le permite ir dejando constancia autobiográfica de las pasiones e ideas a través de una obra que resuena en varias lenguas, pues ha logrado encontrar nexos de uso metafórico, empírico y conceptual que hacen de sus itinerarios y exteriores la trama de su obra escrita en el mundo y desde el mundo, pero también escrita desde el lenguaje y el silencio, la contemplación y el juego. En ese aspecto son notables los tres volúmenes de *México en la obra de Octavio Paz*, donde se reúnen los ensayos escritos por el autor sobre historia y política de México (*El peregrino en su patria*), literatura y escritores (*Generaciones y semblanzas*) y sobre arte, pintura y escultura (*Los privilegios de la vista*). Aunque muchos de estos ensayos ya habían sido publicados en otros libros (por ejemplo algunos de política en *El ogro filantrópico*), esta recopilación hace ver hasta qué punto el pensamiento de Paz ha gravitado en torno a su país al punto de llegar a escribir él solo una historia de México que abarca prácticamente todos sus aspectos y

periodos. Mención aparte merece su libro sobre la autora del poema *Primero sueño*.

Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe, una de las obras maestras de la crítica literaria del siglo xx donde, a través de la figura evasiva de una monja mexicana del siglo xvii, se recrea y reinventa la vida en México durante la Colonia y los usos y costumbres de la corte virreinal. La Colonia funciona para Paz como un espejo en el cual se ve reflejada y reconstruida la historia del presente con sus Iglesias que fulminan a intelectuales independientes y sus cortes donde el favor ocasional de los poderosos no oculta en última instancia la ambigüedad de sus relaciones con la cultura y la inteligencia.

El libro sobre sor Juana representa y encarna de hecho una de las preocupaciones centrales de Octavio Paz: el lugar del artista y del intelectual en la sociedad contemporánea tanto como la responsabilidad de éste hacia los valores que ellos representan. Es precisamente esta interrogación, planteada en muchas formas y desde diversos ángulos, la que explica la aceptación y popularidad del pensamiento de Octavio Paz en Europa (Francia, Italia, Alemania, España, Estados Unidos, donde las ediciones de sus libros se suceden una tras otra integrándose al debate corriente y cotidiano de esos países, más allá del episodio circunstancial, la curiosidad periodística y el efímero interés comercial).

La tenacidad y congruencia de esta interrogación (¿puede el hombre renunciar a la conciencia?, ¿puede la conciencia renunciar a la sociedad?, ¿vivir fuera de la crítica no es vivir fuera de la historia, es decir dejar de vivir?) planteada a partir de la poesía y de sus valores fueron sin duda uno de los factores que decidieron la distinción del Premio Nobel en 1990.

Sus libros más importantes de la última época son *Itinerario*, suerte de autobiografía intelectual cuyos personajes principales son el autor y la historia de las ideas contemporáneas. *La otra voz*, ensayos de crítica poética donde se manifiesta un agudo diagnóstico de la situación de las humanidades y de la poesía en particular en un mundo dominado por el poder monolítico del mercado. *La llama doble*, continuación de sus reflexiones sobre poesía, amor y erotismo. Es uno de los ensayos más perfectos de toda la obra de Paz y exhibe, además de la familiaridad consabida con la literatura clásica (de Ovidio a Quevedo) un conocimiento poco frecuente de la ciencia moderna, en particular de la física y la cosmología. *La llama doble* es una prueba vivaz de la convivencia afortunada

entre curiosidad intelectual, conocimiento histórico y sensibilidad poética. *Árbol adentro*, el último libro de poemas publicado por Paz, revela a un poeta reconcentrado y grave, con marcadas inclinaciones filosóficas y dueño de una sabiduría que sabe encauzarse en un limpio virtuosismo expresivo. El poeta y el pensador, se dan por fin la mano *Árbol adentro*.

Las obras completas de Octavio Paz están siendo publicadas por Círculo de Lectores de Barcelona y el Fondo de Cultura Económica de México en 13 volúmenes. Por un instante —un instante que dura miles de páginas— están los nombres habitados.

La *Bibliografía crítica de Octavio Paz* publicada este año por Hugo J. Verani incluye —y no es exhaustiva— más de seis mil referencias. Si en un primer momento la persona llamada Octavio Paz se transforma en un personaje público y literario que lleva el mismo nombre, en un segundo momento ese personaje se transforma a su vez en un punto de encuentro: Octavio Paz es el nombre de una plaza de la ciudad literaria, el nombre de un espacio público en que se dan cita para conversar hombres de diversas culturas. Este hecho se puede explicar de varias maneras. Virgilio —nos dice T. S. Eliot— es un clásico no sólo por la calidad de su obra, por sus virtudes literarias propias, sino, además, porque reúne una serie de atributos históricos y culturales que lo vuelven significativo y cuya suma hace de él un emblema de la época. La biografía de Octavio Paz, como muestra su hermoso libro *Itinerario*, donde hace un autorretrato crítico de su persona tanto como de la época, nos sugiere hasta qué punto su autor es hijo de su siglo, en qué forma ha sabido estar presente en los lugares —por ejemplo México, Madrid, París— y en los debates —el poeta ante la ciudad— que han jalonado el siglo. Ese olfato para estar ahí en el momento oportuno —discutiendo con André Breton o con Claude Lévi-Strauss, con Jakobson, con Pablo Neruda o con José Bergamín, con Alfonso Reyes o con Julio Cortázar— le han permitido transformar al tiempo en que le tocó vivir en un predicado de su obra poética y crítica y a ésta en un cristal histórico capaz de ayudarnos a entender mejor el universo que nos rodea.